

LA FIESTA NO ERA EN CASA Y LA LUZ NO ERA FLUORESCENTE

A propósito de *Fiestas, memorias y archivos: Política sexual disidente y resistencias cotidianas en España en los años setenta*. Madrid, Brumaria, 2019

Javier Pérez Iglesias

Activista bibliotecaria y directora de la Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid / jperezi@ucm.es

Brumaria presenta un nuevo libro de su colección UNO en la que, como en otros títulos recientes (*Exterioridades críticas*, *Conversaciones de Re-visiones* (2019) o *Arte y tecnosfera*, por citar tres de los últimos), hay un elevado número de contribuciones que proceden del mundo académico. En todos los casos, parte de las contribuciones están asociadas a proyectos de investigación que tienen avales de lo que en el mundo universitario se denominaría "investigaciones de calidad". Una gran parte de las participantes son doctoras o estaban en el proceso de llegar a serlo durante la gestión del libro. Pero sus editoras también han sabido invitar a formar parte del conjunto a otros saberes asociados a la militancia. Hay textos y voces de personas que desde el arte, el activismo o los archivos trabajan, piensan y actúan sobre/desde la disidencia sexual.

Esto es importante porque, para quienes trabajamos en la universidad pública y entendemos el conocimiento y la investigación como una posible arma para la liberación, es urgente la necesidad de encontrar alternativas al capitalismo académico y, sin perder el suelo sobre el que pisamos, abrimos a la vida. Hay otras formas de pensar la historia y de crear conocimiento que hacen cada vez más necesarias las fiestas, las memorias y los archivos.

Pasa con este libro como con algunos platos, ahora muy de moda pero que tienen una larga tradición, en los que el sabor eclosiona solo si metemos la cuchara bien adentro y mezclamos el fondo, invisible cuando nos presentan el manjar, con las otras capas que lo componen. *Fiestas, memorias y archivos* tiene muchos estratos pero recibe una luz que irradia desde su epílogo con ese texto de Miguel Benlloch que habla desde lo personal y el recuerdo, desde las memorias de infancia y juventud, de una vida de disidencia.

Su lectura me ha hecho recordar la exposición, "Miguel Benlloch. Cuerpo Conjugado", que ha estado en Centro Centro desde junio a octubre de 2019, alojada en los sótanos del Ayuntamiento. Hablando con una amiga, la cineasta y videoartista Sally Gutiérrez, nos imaginábamos lo que allí se podía ver/escuchar/leer subiendo desde las entrañas del edificio para estallar en los despachos del eje del mal (por supuesto heterosexual, blanco

y cis). Nos parecía un recibimiento en forma de grito que un cuerpo marica, sidoso, enfermo, díscolo, "desmasculinizado" lanzaba a la entrada en el gobierno de la ciudad de las políticas necrófilas del neoliberalismo y el neofascismo pensadas y aliadas para destruirnos.

Miguel Benlloch falleció poco después de escribir el texto del epílogo y ya estaba muerto cuando se inauguró esa exposición en la que, como nuestra Campeadora, volvió a cabalgar y a decir porque decir, nombrar y expresar el pensamiento por escrito es una de nuestras armas.

Nos quieren muertas, de manera física y de "muerte civil", como señala Brice Chamouleau, en el capítulo 12 del libro, refiriéndose a las voces disidentes en el postfranquismo. Aunque esta obra, que rescata luchas que han querido ser borradas, es una muestra de que estamos vivas, de que tenemos una manera de leer y de contar el pasado y de situarnos en el presente que nos hace revolvernarnos contra la muerte.

En *Fiestas, Memorias y Archivos* el texto de Benlloch no es estallido sino luz, no es bomba sino calor amable, que acompaña al resto de las contribuciones y les hace ganar sentido. Porque es fácil decir "resistencias cotidianas" pero cabe la posibilidad de que nuestra manera de abordar esas vidas (al hablar de resistencias cotidianas necesariamente pensamos en personas, en vidas) descuidemos la manera de contarlas. Cabe la posibilidad de que el lenguaje las ningunee o las desactive hasta el punto de quedar convertidas en "documentos" cuando no en "testimonios de segunda".

Porque pensar, escribir, historizar y hacer entrar en la academia este tipo de resistencias, de vidas "a contrapelo" (como dice Meri Torras en el capítulo 8 dedicado a la poesía de Maria-Mercè Marçal) tiene que ver con entender la escritura, la historia y los saberes universitarios (académicos) de otra forma, con otras maneras, con amaneramiento, con pluma, dejándose infectar por lo que nos cuentan gentes que no tienen la escritura como herramienta, que quizá suspendieron historia en el colegio (o no llegaron a estudiarla) y que no pertenecen a la universidad.

En ese sentido, me gusta que la poesía esté tan presente en este libro. No es que la poesía haya quedado fuera de los estudios académicos. Por supuesto que forma parte del canon y que en la universidad se estudia y analiza¹. Pero aquí quiero dejar constancia de dos formas diversas de atenderla. Una es cuando Ramón Linaza, en el capítulo 6, habla de la poesía como un arma cargada de futuro, parafraseando a Celaya, y de la importancia que tuvieron las lecturas en la formación de la militancia homosexual de los setenta. Quizá porque algunos de sus protagonistas, como Eduardo Haro Ibars, eran poetas. Pero sobre todo porque en esa alianza entre la teoría y

la práctica, que vemos tan clara cuando atendemos a las vidas de las personas, la lectura, la poesía tienen un protagonismo esencial. Queda muy clara ahí la interrelación entre militancia y lectura, entre el pensamiento y el activismo.

Otra presencia de la poesía, esta vez a partir de una escritora, es la que aporta Meri Torras al hablar de la obra de Maria-Mercè Marçal y de lo que suponen sus libros, y sus escritos de crítica literaria, para la construcción de una genealogía de presencia lesbiana. Lo que la academia, la crítica oficial, no quiere ver el texto de Meri Torras lo ilumina, a la manera de una luciérnaga, sin focos, sin luces cegadoras. La contribución de Meri Torras es una interlocución a la altura de los poemas de la Marçal por la forma delicada que tiene de llevar la cuestión de las genealogías lesbianas a lugares insólitos, en principio, como la presencia de unas pegatinas ("Aquí ha estat una lesbiana/Aquí ha estado una lesbiana") que irrumpen en el espacio público de una manera tan humilde y tan evocadora. También reflexionando sobre qué es un archivo y cómo operan los contra-archivos. Es un ensayo que potencia los versos y poemas citados en él, que nos abraza a esos poemas y despierta nuestro deseo de bailarlos (leerlos).

Por otro lado, *Fiestas, memorias y archivos* rescata a lo largo de toda la obra la emoción de constatar lo que la lectura hace en las vidas de las personas. A veces son lecturas fragmentarias, de textos no canónicos, muy a menudo, con apropiaciones insospechadas. Hay que recordar aquí los trabajos que viene desarrollando la antropóloga de la lectura Michèle Petit desde los años noventa del siglo pasado sobre lo que entrega la lectura a jóvenes en situaciones de marginalidad o, como se suele decir a veces para que parezca que es "más el susto que otra cosa", en "riesgo de exclusión"².

Si hubiera una manera queer o cuir de leer debería contemplar la posibilidad de quebrantar la secuencia que nos ofrece una obra y empezar por el final o alternar los capítulos. Es verdad que un libro de estas características, que recoge contribuciones muy diversas ordenadas en bloques que los juntan en torno a distintas propuestas, anima a que lo leamos como nos da la gana, sin seguir el orden del 1 al 16 de los capítulos (más el prólogo de Benlloch).

Así que volvamos a esa manera de encontrar la fuerza de este artefacto libro que es, *Fiestas, memorias y archivos*, utilizando el recurso de ir de abajo a arriba, para ver qué aporta el último bloque, (Bloque IV, Archivos). Ahí nos encontramos con 4 capítulos que nos sitúan lo que es (o puede ser) un archivo. Aunque hay que decir que en todos los bloques anteriores encontramos alusiones a la problemática de las fuentes, de los testimonios y a su recuperación y estudio.

El archivo no es solo un espacio dedicado a almacenar documentos, como nos recuerda Rafael M. Mérida Jiménez (capítulo 13) que también nos habla de cómo debemos cuidarlo para no traicionar ese legado. Cuidar, nos propone Alejandro Simón (capítulo 14), más allá de conservar físicamente la integridad de lo que se guarda/custodia en el archivo, tiene que ver con cómo leemos, con cómo nos acercamos a esos testimonios y los tocamos y los pensamos: “Cuidamos los archivos como nos cuidamos a nosotras, usamos el pasado como nos usamos entre nosotras, como nos tocamos, así tocamos esas cajas de cartón” (p.376).

El último Bloque funciona como la levadura que hacer subir todo el resto del libro. De la misma manera que los ocultos, los poco sexis (a pesar de que en el mundo del arte han tenido un reciente momento de gloria)³ archivos son fundamentales para contar las historias. Así, estas últimas contribuciones nos hacen ver la importancia de lo que se ha intentado en los bloques precedentes, del esfuerzo por atender a voces (a veces literalmente porque hay mucha historia oral en este volumen), a los documentos que quedan al margen como aparece en el capítulo 16, en la conversación entre Gracia Trujillo y las activistas Dolors Majoral, Mercè Otero y Bárbara Ramajo. También ellas nos hablan del cuidado que se debe prestar a esos testimonios/documentos que llegan de la mano de las protagonistas, que han salido de sus casas, de sus álbumes y cajones, de sus alcobas y salas de estar, para formar parte de un archivo colectivo que habla de lo común.

Es el momento de destacar un rasgo de generosidad feminista y cuir de las editoras, Gracia Trujillo y Alberto Berzosa, que contribuyen al conjunto, además de con su labor de encargar/seleccionar los textos y justificar el sentido de la obra en una aclaradora introducción, con dos entrevistas: la ya citada y la que Berzosa le hace a Nazario en el capítulo 4. Ambas contribuciones son muy suculentas, aportan información y frescura al conjunto, pero tienen una presencia de luz indirecta al lado de la mayor intensidad de los artículos en los que cada autora pone más de su línea investigadora y de su presencia personal en el resultado.

En ese Bloque IV la aportación de Piro abre debates (sobre la necesidad de archivos no institucionales autogestionados desde el activismo) pero va mucho más allá al plantear cuestiones profesionales que nos interpelan a archivistas y bibliotecarias: cómo clasificar sin traicionar (aunque eso sea a veces como lo que mi abuela llamaba “mentir sin condenarse”); la importancia de describir y ordenar los materiales; la necesidad de acudir a fuentes no necesariamente identificadas como LGTBIQ+; la importancia de unas políticas de conservación urgente para situaciones precarias... El texto de Piro es a los archivos lo que lo que las vidas privadas son a la militancia en los relatos de esta obra. Piro no es “profesional” archivera desde un

punto de vista formal (porque no tiene estudios específicos ni un título que lo acredite) pero su experiencia, desde el hacer, su manera de pensar y de problematizar el trabajo debería estar en los manuales profesionales de archivística al uso.

La obra, en su conjunto, se dedica a la tarea de rescatar desde lo cotidiano las resistencias de unas comunidades, que ahora llamamos LGTBIQ+, durante el final de la dictadura franquista y el principio de la transición. Es una época de luchas, de ideas de revolución y liberación que podían llegar a marcar una separación (enfrentamiento) entre la militancia y los intentos cotidianos (personales pero también comunitarios) de arrancar espacios de socialización, lugares seguros para ser trans, marica o bollo. Precisamente el Bloque II, "Genealogías y Memorias", hace hincapié en lo que la "vida" le pone a la militancia aprovechando porosidades para hacer que "lo personal sea político". Es muy ilustrativo el texto de Ramón Linaza, un doble militante, que pone de manifiesto como hay lugares de encuentro y de socialización que escapan a lo prescrito por la norma revolucionaria: "rechazábamos el gueto, al que sin embargo acudíamos a ligar" (p. 169). En el mismo Bloque Kerman Calvo hace un repaso de los movimientos revolucionarios e identitarios durante la transición mientras que Maialen Aranguren se centra en el movimiento lésbico del País Vasco.

Por su parte el Bloque I, "Redes y Espacios de Socialización", destaca lo que ocurría en todos esos lugares que el discurso militante podía llegar a denominar "gueto": bares, discotecas, saunas, terrazas, espacios de cruising... Pero también clubes de fútbol femenino como cuentan Naria Dolors Ribalta y Xavier Pujadas. Aparecen espacios más o menos seguros en los que las sexualidades disidentes podían expresarse y resistir un entorno hostil, agresivo y violento. Sin idealizar, como pone de manifiesto Pau López al hablar del ambiente valenciano entre 1975 y 1982, se desvela cómo lo que se puede leer como negocios o mercantilismo es también un intento y una necesidad de encuentros, de creación de redes y de construcción de espacios para expresar unas formas de sexualidad negadas en la ciudad de la transición democrática.

El libro es fiel a ese espíritu de hacer entrar la vida y de utilizar formatos no necesariamente académicos para presentar las propuestas. En ese sentido, es una alegría, no solo de color, encontrarnos, al inicio del Bloque II "Cuerpos en Rebeldía", con la partitura de la performance de O.R.G.I.A un colectivo que trabaja con textos marginales (esta vez de panfletos y consignas pensados para las manifestaciones) para escenificar que "somos lucha, somos historia, somos nosotras".

Este bloque tiene un carácter especial, de gabinete de curiosidades si se me permite este giro forzado, al mezclar la performance con el análisis de las

películas de temática quinquí (Alberto Mira), el estudio de la literatura médico/psiquiátrica en los regímenes autoritarios ibéricos (Francisco Molina Artaloytia) o cuestiones legales/constitucionalistas en la España postfranquista (Brice Chamouveau). En este caso, esa manera de apuntar a distintas disciplinas, que no suelen entenderse como comunicadas, potencia la fuerza cuir del conjunto de la obra.

Dos cuestiones están entrelazadas en todo el volumen y afloran como un hilo dorado que da luminosidad a todo el tejido textual: la importancia del feminismo en la formulación de las teorías de liberación sexual que nos han traído hasta el movimiento LGTBIQ+ actual y las tan a menudo borradas aportaciones trans como motor de una manera más rica de entender nuestras luchas.

Con esos hilos brillantes nos quedamos como resumen de una obra que se lee con gusto, que interpela a quienes han vivido esos años y a quienes quieran "recordar lo que nunca hemos vivido".

Madrid, diciembre de 2019

Notas

¹ También es verdad que decir "poesía" es como decir "homosexualidad" y que deberíamos hablar de "poesías" y "homosexualidades" porque, más allá de cómo se analicen los textos hay formas de poesía que todavía no, no están en la academia.

² Michèle Petit, antropóloga y socióloga, se dedica a la investigación de la lectura y su función en la construcción o reconstrucción de la identidad, así como de los espacios de lectura, fundamentalmente bibliotecas. Sus libros han tenido amplia difusión entre bibliotecarios, maestros, promotores de lectura de Argentina, Brasil, Colombia, México... Algunos de sus libros publicados en castellano son: *Leer el mundo. Experiencias de transmisión cultural hoy en día*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015; *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Barcelona/México, Ed. Océano, Col. Agora, 2009; *Una infancia en el país de los libros*, Barcelona/México, Ed. Océano-Travesía, Col. Agora, 2008; *Lecturas : del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. « Espacios para la lectura », 2001; *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. « Espacios para la lectura », 1999

³ No es este el lugar para contarlos pero hay una larga serie de exposiciones y publicaciones que, desde el mundo del arte, trabajan sobre la idea de archivo. Es verdad que muchas veces banalizándolo o tratando "colecciones documentales" como si se tratara de archivos o quedándose en cuestiones puramente formales. Pero podemos decir que el archivo es sexi para el arte (o lo ha estado siendo) aunque eso no haya calado en la sociedad.